

“La historia es el laboratorio del pasado en el que las actitudes personales y sociales responden, en buena medida, sólo a unos cuantos arquetipos”.

## Alfredo Alvar Ezquerro “Madrid antes de 1808”

El Presidente del Casino Mariano Turiel de Castro, además de las palabras de bienvenida, hizo la presentación del ponente, coordinador y director del ciclo “1808, La Tragedia”, Alfredo Alvar Ezquerro. Según explicó Turiel, “el Dos de Mayo fue la primera gran ocasión en la que se produjo un sentimiento de españolidad, de nacionalidad, de pertenencia, todos, a la misma nación”. Alvar Ezquerro es especialista en la España del Siglo de Oro y posee profundísimos estudios en Humanismo. Profesor en el Consejo de Investigaciones Científicas, y además profesor Asociado en la Universidad Complutense de Madrid; Académico Correspondiente de la Real Academia de la Historia; vocal asesor de la presidencia del CSIC... Dirige además un equipo de investigadores bajo el epígrafe “Humanismo y Siglo de Oro, una Historia Social”. Es autor de centenares de artículos y de más de una veintena de libros... sobre el Cid, Isabel la Católica, Cervantes...

El profesor Alvar inició su exposición con una poética imagen al evocar el ambiente al que le había transportado, un año antes, la música de Boquerini, interpretada por estradivarius en la Sala de Columnas en el Palacio Real. Unas notas con el poder de elevar la mente, y casi el cuerpo, a otra época y otros lugares. Boccherini murió en 1805 y no pudo ver lo que ocurrió tres años más tarde, pero su música hoy puede ejercer la magia y llevar el alma a aquel momento: “...recordaba cuantos ciegos había, porque de pequeños habían padecido la viruela; los tullidos, los desamparados, que tantos proliferaban, en aquel Madrid... y las procesiones, que inundaban las calles de la corte en exhibición religiosa en cualquiera de las muchas festividades del año, en Semana Santa, en Corpus... con cualquier rogativa, para que lloviera, o cesaran las aguas, y las cosechas fueran buenas y no hubiera otro motín, como el de Esquilache... y recordaba los grabados de Goya... y los oficios de antaño, los oficios populares que poblaban la corte para dar servicio en aquella ciudad de servicios que era Madrid”.

Cada una de las piezas que interpretaban los músicos transportaban al conferenciante a zonas y situaciones diferentes. Con la disculpa de las notas, o gracias a ellas, el conferenciante fue describiendo pormenorizadamente las calles, los edificios, la



vida de aquel Madrid de hace doscientos años, tan diferente al de hoy, y tan similar en algunos aspectos como el propio trazado del centro. De vez en cuando, Alvar volvía al presente, a ver la imagen del Emperador Carlos V venciendo a los herejes, que presidía el Salón de Columnas del Palacio Real, donde había estado hacía ya casi un año y desde donde había podido contemplar, como a vista de pájaro, aferrado a las notas sobre las que había emprendido aquel fantástico vuelo que ahora contaba en el Casino de Madrid.

“La historia es el laboratorio del pasado en el que los comportamientos personales y sociales responden en buena medida sólo a unos cuantos arquetipos. No me gustaría encontrarme de nuevo con gobernantes mediocres que ocultaran su escasa calidad y formación con proclamas desorbitadas, más propias de la chulería de un café que del gobierno de una nación. No quisiera volver a encontrarme con un Goya que pinta al primer ministro tumbado y con la vara de mando entre las piernas; tampoco quiero extenderme sobre las eruditas alusiones a los estudios históricos que se han hecho sobre el reinado de Carlos IV. Sería denso y eso ya se hizo en su día”

Resaltó la obra monumental sobre los sucesos sobre el final del reinado “tal vez todavía insuperada, la de Pérez de Guzmán”. Mesonero Romanos, Pérez Guzmán, Galdós, y los cambios sociales que se respiraban en aquellos años sin necesidad de

## CICLO DE CONFERENCIAS

### “1808: LA TRAGEDIA”

revolución, uno de los argumentos que más seguimiento posee últimamente porque Alvar sostiene que “antes de la llegada de los franceses, los volterrianos y los doceñistas... ya se estaban echando las bases de la futura igualdad”. También aludió a la ambición de Godoy, “desmedida y de tal porte, como su mediocridad personal y su bajeza moral”

En 1787, y según los censos de Floridablanca contaba con algo menos de 160 mil habitantes estables. En 1799, contando con los de paso, se alcanzaron alrededor de 190 mil personas, perdiéndose unos 70 mil antes de 1814. La población inmigrante era, esencialmente adulta, en 1787 en España el 36 por ciento tenía menos de 16 años, en Madrid era el 23 por ciento. En la capital, había más gente de 16 a 40 años que en otras partes de España. Además, la población era fundamentalmente masculina, excepto en los grupos entre 16 y 25 años, y en más de 50. Lo que significa que eran jóvenes inmigrantes que venían a servir y viudas. Era una inmigración temporal. Una de las características de la población de Madrid en ese momento era un amplio grupo formado por solteros. Más de la mitad de casados en estas fechas, no había nacido en Madrid. En resumen, “era una ciudad llena de inmigrante y de célibes”.

Algunas cifras son reveladoras y pueden dar una idea de cómo era la población de antaño: más de 8.500 nobles, 5.000 eclesiásticos; 5.000 criados reales; 800 hombres de leyes; más de 17.000 personas de servicio; casi 9.000 jornaleros; cerca de 7.000 artesanos; 900 comerciantes y 150 manufactureros. Había una escuela de grabado, una fábrica de sombreros, una de cerámica, otra de papeles pintados pero muy poca estructura industrial para una ciudad que rondaba los 200 mil habitantes.

Desde el siglo XVI ya tenían un problema nunca resuelto: el mantenimiento del orden público y la paz social. Había temor a los alborotos y a las gentes que estaban de paso. Ociosidad y delincuencia iban de la mano. Carlos III se había ido en medio de una crisis y nada auguraba un futuro esperanzador. Hambres, enfermedades y calamidades. Desde la crisis de 1777 hubo bandos cada año en contra de vagos y maleantes. En 1789 se editó una orden de Carlos IV para que los forasteros residentes en Madrid sin oficio ni residencia salieran de la ciudad antes de 15 días, plazo que hubo de ser prorrogado porque faltaban brazos para cargar los fardos y bultos en las acémilas. Hubo varias etapas de con más y menos permisividad en función de la mano necesaria. También hubo bandos que llamaban al buen orden y el decoro en el vestir y en el comportamiento.

Era una ciudad muy viva. Otro aspecto destacado, ya entonces fue el del tráfico. Una orden



marcaba los horarios para las cargas y descargas. Que los coches fueran arrastrados por más de seis mulas y que no corrieran por las calles. Que no se hiciera fuego en la calle, ni se sacaran braseros a las mismas. En tiempos de Carlos IV el paseo del Prado estaba reservado para salidas pero no era lugar de circulación.

Madrid tenía fama de poco seguro y un poco anárquico y caótico. Por ello se pusieron en marcha registros para forasteros de paso, y también serenos en 1787 para vigilar las calles.

Había lodazales, estrechas aceras y mucho movimiento de personas. Pero el gusto por el arte había echado profundas raíces en la ciudad, hecho que la marcará positivamente. Se crearon nuevas escuelas y dispensaron pública protección a los estudios científicos y literarios, que facilitaron expediciones para ello.

En 1804 hubo un terremoto sacudió la ciudad, que estaba poco cuidada pese a los esfuerzos de la corona para hacerla habitable.

Seguidamente, el conferenciante procedió a explicar otros episodios, entre ellos la Conspiración del Escorial, el Motín de Aranjuez, y la abdicación de Carlos IV. Napoleón encontró un panorama siniestro, de corrupciones, podredumbres y ambiciones desorientadas. Poco antes, Madrid había vivido con intensidad los años que precedieron a 1808. Desde 1805 a 1808 pasaron: Trafalgar, la muerte de Boccherini, el estreno del Sí de las niñas de Moratín, la refundación de un colegio de sordomudos en la Real Sociedad Económica Matritense... Y se fundió la frustración de un pueblo que se unió contra un enemigo.



**“Había lodazales, estrechas aceras y mucho movimiento de personas. Pero el gusto por el arte había echado profundas raíces en la ciudad”.**